

XVII

DE TAL MADRE, TAL HIJO

La reina madre no había podido cerrar los ojos en toda la noche.

Hasta entonces su hijo, débil, enfermizo, apenas púber, casado con una joven alegre y coqueta, le había dejado á ella y á los Guisás eso que los reyes llaman el gran peso del Estado, pero que, sin embargo, tanto les cuesta abandonar.

Para Catalina, educada en medio de las intrigas de la política italiana, política mezquina y trapacera, propia de un pequeño ducado como la Toscana, el poder era la vida.

Por esta razón se había preocupado por la noticia que recibiera.

Que tuviera una rival en el cariño de su hijo, la hubiera importado poco, porque quien no ama no tiene derecho á exigir ser amada, y ella no amaba ni á Francisco II ni á Carlos IX.

Lo que á la previsora florentina la preocupaba era que adivinaba en su hijo un sentimiento que la era desconocido, que no era ella quien lo había inspirado, que se había desarrollado sin ella, y que, al aparecer de repente en medio de la corte, sorprendióla: á ella tuvo que sorprenderle más que á los otros.

Y se preocupaba sobre todo, porque, á pesar de los diez y seis años que tenía la hija del mariscal, había adivinado en ella la ambición de la mujer.

Desde que amaneció, envió á decir á su hijo que estaba enferma y que le rogaba fuese á verla, porque en su habitación, Catalina, como un hábil actor en su teatro que tiene la libre elección de escoger su sitio y de dirigir la escena, ella se quedaba en la sombra, donde permanecía semi invisible, y colocaba á su interlocutor en la luz, donde podía estudiarle perfectamente.

Pero el rey no había ido; se le enviaron distintos mensajes, y la contestación fué idéntica: el rey continuaba durmiendo.

—¡Oh! ¡oh! murmuró Catalina, cansada de esperar; he aquí un sueño demasiado obstinado para ser natural.

Y descendió de su lecho, hizo que la vistieran y se dirigió á las habitaciones de Francisco II.

Franqueó la primera sala que conducía á la estancia del rey, alzó el tapiz de la alcoba, y le vió, no en la cama, sino sentado delante de una mesa, frente á una ventana, mirando sin duda con tanta atención que ni percibió el ruido del cortinaje al entrar su madre en el aposento.

Catalina se detuvo en la puerta, y en la expresión de su mirada al fijarse en su hijo había más odio que cariño.

Después se adelantó lentamente sin hacer ruido alguno, como una sombra, se apoyó en el respaldo del sillón y miró por encima del hombro del joven rey.

Este no la sintió acercarse, porque estaba contemplando extasiado un retrato de la señorita de Saint-André.

La expresión del rostro de Catalina, por una rápida contracción muscular, pasó de la curiosidad al odio más acentuado, y después, por medio de una poderosa reacción, se distendieron aquellos mismos músculos, apareció la sonrisa en sus labios é inclinó la cabeza para besar la del rey.

Francisco se estremeció de terror al notar el tibio aliento sobre su cabeza, y volviéndose vivamente, reconoció á su madre.

Por un movimiento rápido volvió el retrato, que colocó sobre la mesa, poniendo la mano encima, y después, en vez de abrazar á su madre, como tenía costumbre, arrastró el sillón y se separó de ella.

—Vamos á ver, hijo mío, preguntó la florentina, ¿qué sucede aquí?

—Nada, que yo sepa, madre mía.

—Perdonad, hijo mío, pero debe suceder algo extraordi-

nario cuando no tenéis la costumbre de permanecer acostado hasta esta hora. Tal vez se me haya engañado ó mi mensajero habrá entendido mal. Se le ha respondido que dormiais.

Entre cada una de estas palabras había dejado Catalina un espacio para que su hijo contestase; pero éste permaneció silencioso mirándola fijamente.

—De modo, continuó Catalina, que inquieta por ese sueño tan persistente, he temido que estuvierais enfermo y he venido á veros.

—Os lo agradezco mucho, señora, dijo el rey inclinándose.

—Hacéis mal en inquietarme así, Francisco, insistió la florentina; ya sabéis cuánto os amo y cuánto me interesa vuestra salud. No juguéis así con las inquietudes de vuestra madre. Demasiados disgustos tengo por fuera para que mis hijos los aumenten con su indiferencia respecto á mí.

El joven pareció tomar un partido. Sonrió, y tendiendo su mano derecha á Catalina mientras continuaba con la izquierda sobre el retrato, dijo:

—Gracias, madre mía; hay algo de verdad mezclada con mucho de exageración en lo que se os ha dicho. He pasado una noche... agitada y me he levantado dos horas más tarde que de costumbre; pero ya estoy completamente bien y puedo trabajar con vos si lo deseáis.

—¿Y por qué, hijo mío, dijo Catalina reteniendo la mano de Francisco entre una de las suyas que apoyaba contra su corazón, habéis pasado una noche tan agitada? ¿No me he reservado yo el peso de todos los negocios para no dejaros sino las alegrías de la corona? ¿Quién se ha permitido imponeros una fatiga que debe ser mía? Porque presumo que serán los intereses del Estado los que produjeron vuestra agitación.

—Sí, señora, eso ha sido, repuso el joven con una precipitación que acusaba la mentira.

Catalina fingió no comprenderla, y dijo:

—Algún gran partido que tomar ¿no es cierto? Algún enemigo á quien combatir, alguna injusticia que reparar, alguna condena de muerte que ratificar...

Francisco II recordó que se le había pedido la víspera que fijase el día de la ejecución del consejero Anne Dubourg, así fué que dijo:

—Justamente, eso es, madre mía, una condena de muerte es siempre grave, y aquí tenéis la causa de mi agitación.

—Eso es propio de un buen corazón francés y sois digno hijo de vuestra madre; pero no tengáis cuidado, no cometéis con ello ningún error. Dubourg está reconocido como hereje por tres jurisdicciones distintas, y la firma que se os pide para que la ejecución tenga lugar no es más que una simple formalidad.

—Pero es muy terrible, madre mía, que esa simple formalidad baste para quitar la vida á un hombre, máxime cuando yo he recibido dos cartas muy amenazadoras.

—Embustero y cobarde, murmuró Catalina entre dientes. Después dijo en voz alta y sonriendo:

—Precisamente por esas dos cartas debéis vacilar menos en firmar la sentencia de Dubourg. Obrando de otro modo se creería que habíais cedido al terror.

—¿Lo creéis así?

—Sí tal. Si se hacen públicas esas cartas y á ellas sigue la condena, alcanzaréis mucha gloria, y sobre Dubourg recaerá la vergüenza. Por otra parte, añadió Catalina, no me sorprendería que esas cartas las hubiese escrito algún amigo, en vez de ser un enemigo.

—¡Un amigo, señora!

—Sí, un amigo tan amante de la dicha del rey como de la gloria del reino.

El joven inclinó la dulce mirada bajo la dominante de su madre.

—¿Sois vos quién ha escrito esas cartas? dijo después.

—¡Oh! repuso Catalina con acento que desmentía sus palabras. No he dicho eso.

El rey fijó en su madre una mirada en la cual había cólera y odio.

Catalina sonrió, pensando:

—Si pudiera estrangularme lo haría; pero no lo hará.

Y cambiando súbitamente de táctica, trató de recabar el imperio sobre su hijo, que estaba á punto de perder.

—¡Ay, hijo mío! exclamó con doloroso acento. Empiezo á creer lo que había dudado siempre, porque me llenaba de amargura.

—¿Y qué es, señora? preguntó el rey.

—Que he perdido vuestra confianza, repuso Catalina llamando una lágrima en su auxilio.

—¿Qué queréis decir? respondió el joven con sombría impaciencia. No os comprendo.

—Quiero decir que de un golpe olvidáis quince años de mortal inquietud, quince años velando á la cabecera de vuestro lecho, quince años de angustia.

—Os repito que no os entiendo; pero como estoy acostumbrado á la paciencia, espero y escucho.

Y la mano crispada del joven desmentía su mansedumbre.

—Vais á comprenderme, replicó Catalina. Digo que, gracias á estos cuidados, os conozco, Francisco, mejor que vos mismo. Esta noche tan agitada para vos, no ha sido por efecto de ningún negocio de Estado, sino porque el secreto de vuestros amores con la de Saint-André ha sido descubierto.

—¡Madre mía! exclamó el joven, recordando toda la vergüenza y la cólera que había sufrido la noche anterior.

Se levantó, pero su mano siguió apoyada en el respaldo del sillón.

—¿Vos sabéis eso, madre mía? dijo con el rostro encendido.

—¡Qué niño eres! repuso Catalina sencillamente. ¡Como si las madres no lo supieran todo! Vamos á ver, hijo mío: ¿por qué habéis rehusado la confidencia de esa pasión? De fijo que os hubiera recordado vuestros deberes de esposo, habría hecho resaltar á vuestros ojos las gracias de la joven reina...

Francisco movió la cabeza con aire sombrío. Su madre prosiguió:

—¿No hubiera conseguido nada? Pues bien, viendo el mal incurable, no habría tratado de curarle, pero os hubiera aconsejado. ¿Acaso una madre no es la Providencia visible de su hijo? Y al ver que tanto amabais á la señorita de Saint-André... porque la amáis mucho, ¿es cierto?

—Mucho, sí, señora.

—Pues bien, hubiera cerrado los ojos, que más fácilmente los cierra una madre que una esposa. Durante quince años, ¿no he estado viendo á madama de Valentinois participar conmigo del amor de mi esposo ó quitármele todo entero? ¿Creéis que lo que hace una esposa por su marido no lo hará por su hijo? ¿No sois vos mi orgullo, mi alegría, mi cariño?

—Madre mía, repuso Francisco con una sangre fría ex-

traordinaria; vos sois tan buena para mí, que me avergüenzo de haberos engañado tanto tiempo. Pues bien, si amo á la señorita de Saint-André.

—¿Conque yo tenía razón?

—Reparad que es la primera vez que me habláis de este amor, y que si no lo hubieseis hecho, aun cuando no haya razón alguna para ocultárosle, pues no sólo está en mi corazón sino en mi voluntad, no os hubiese hablado de él.

—¡En vuestra voluntad! exclamó Catalina sorprendida.

—Parece que os sorprende que yo tenga voluntad propia, ¿no es cierto? Lo que á mí me sorprende es que vengáis ahora representando esa farsa de cariño maternal, cuando habéis sido vos misma quien ha entregado este amor á la risa de la corte y la que tiene la culpa de lo ocurrido.

—¡Francisco! dijo la reina cada vez más sorprendida.

—No, no dormía esta mañana cuando me habéis enviado á buscar. Lo que hacía era reunir todos los antecedentes necesarios respecto á la causa primordial de este escándalo, y de todos ellos resulta para mí la certeza de que el lazo que se me ha tendido ha sido obra vuestra.

—¡Tened mucho cuidado en lo que decís, hijo mío! respondió Catalina apretados los dientes y destilando sobre su hijo una mirada brillante y acerada como la hoja de un puñal.

—Antes de todo convengamos, señora, en que aquí no hay tal hijo ni tal madre, no hay más que un rey que, gracias á Dios, es mayor de edad, y una reina regente que no tiene nada que hacer en los asuntos del Estado si el rey no quiere. En Francia se reina á los catorce años, señora, y yo tengo diez y seis. Con esto quiero deciros, señora, que desde hoy ocuparemos cada uno el lugar que nos corresponde. Soy vuestro rey, señora, y vos sois mi primer súbdito.

El rayo que hubiera caído en medio de esta cámara no hubiera producido un efecto más terrible que aquel formidable apóstrofe cayendo en medio de los proyectos de Catalina.

Durante diez y seis años había educado, cuidado, guiado, instruído á aquel niño raquítico. Como los domadores de fieras de nuestros días, había debilitado, empobrecido, enervado aquel cachorro, y he aquí que el león se despertaba gruñía, mostraba sus garras, arrojaba sobre ella ardiente

miradas y se lanzaba contra ella hasta donde le permitía su cadena. ¿Quién podía responder que no la devorase si llegaba á romperla?

Retrocedió espantada, porque para una mujer como Catalina de Médicis lo que acababa de ver y oír era suficiente para aterrarla.

«La mujer que ha operado esta extraña metamorfosis, pensó Catalina, la que ha hecho de este niño un hombre, de este esclavo un rey, de este enano un gigante, esa mujer está allí y yo puedo entrar en lucha con ella.»

Después, en voz baja y como para adquirir fuerzas, dirigió: á Francisco dispuesta á sostener la lucha por inesperada que fuese.

—¿Es á mí á quien acusáis de ser autora del escándalo de esta noche?

—Sí, respondió secamente el rey. ¿Diréis, señora, que el golpe no ha partido de vuestra habitación?

—No diré que no haya salido de allí, pero yo no he tenido la culpa.

—Entonces, ¿quién ha vendido el secreto de mi entrevista con la señorita de Saint-André?

—Un billete que ha caído del bolsillo de la señora de Coligny.

—¿Un billete que llevaba en el bolsillo la esposa del almirante? ¿Os burláis, señora?

—Dios me guarde de burlarme de lo que os causa tan gran dolor.

—Pero ¿quién firmaba ese billete?

—Ni estaba firmado, ni la escritura era conocida.

—¿Dónde está ese billete? ¿Qué ha sido de él?

—Aquí le tenéis, dijo la reina madre, que le había guardado.

Le cogió el rey, y exclamó:

—¡La letra de Lanoue! y después, con un asombro creciente, continuó: ¡Es el mío! ¿Y decís que este billete ha caído del bolsillo de la señora de Coligny?

—Tanto, que todo el mundo creyó que era de ella, y á ella era á quien se trató de sorprender: sin esa creencia, prosiguió Catalina alzando los hombros y sonriendo desdeñosamente, sin esa creencia, ¿podéis figuraros que las dos personas que habríais visto al abrir los ojos, hubieran sido el mariscal de Saint-André y M. de Joinville?

—Pero el secreto de esta intriga dirigida contra mí y contra la mujer que amo?

—La esposa del almirante puede revelároslo.

Francisco llevó á sus labios un silbato de oro, y un oficial apareció en seguida.

—Id inmediatamente, dijo el monarca, al palacio del almirante de Coligny, y decid á su esposa que el rey quiere hablarla al momento.

Salió el oficial, y al volverse Francisco, encontró fija en él la mirada sombría de su madre.

—Os pido perdón, madre mía, por la suposición que hice.

—Habéis hecho más que suponer, Francisco, me habéis acusado gravemente; pero por algo soy vuestra madre y estoy dispuesta á soportar otras acusaciones.

—Madre mía...

—Dejadme continuar, repuso Catalina frunciendo el entrecejo, porque, comprendiendo que cedía su adversario, debía atacarle con más fuerza. Os habéis engañado en vuestra suposición y os habéis engañado todavía más torpemente llamándome vuestra vasalla. Yo no lo soy, ¿lo entendéis? porque vos no seréis jamás mi rey, sino únicamente mi hijo.

El joven rechinó los dientes y se puso lívido.

—Sois mi madre, es verdad, dijo con una energía que Catalina no sospechaba en él; pero porque soy vuestro hijo primogénito, soy al mismo tiempo el rey, y os lo probaré, madre mía.

—¡Vos! dijo Catalina, mirándole como una víbora dispuesta á lanzarse sobre su presa; ¿vos rey? ¿Y me probaréis que lo sois, decís? prosiguió sonriendo desdeñosamente; ¿de qué manera? ¿Pensáis que podéis luchar en política con Isabel de Inglaterra y con Felipe II de España? ¿Cómo queréis probármelo? ¿restableciendo la buena armonía entre los Guisas y los Borbones, entre los hugonotes y los católicos? ¿Me lo probaréis poniéndoos al frente de vuestro ejército, como vuestro abuelo Francisco I ó vuestro padre Enrique II? ¡Pobre niño! ¿Vos rey? ¿No sabéis que tengo en mis manos vuestro destino y vuestra existencia? No tengo más que decir una palabra, y la corona se escapa de vuestra cabeza; no tengo más que hacer un signo, y el alma desaparece de vuestro cuerpo. Mirad y escuchad si tenéis ojos!

oídos, y veréis como el pueblo trata á su rey. ¿Vos rey? ¡qué desgraciado sois! El rey es el más fuerte, ¡y miraos y miradme!

Al pronunciar estas últimas palabras, Catalina inspiraba terror. Se aproximó, amenazadora como un espectro, al joven rey, que retrocedió tres pasos y tuvo que apoyarse en el respaldo del sillón, próximo á desfallecer.

—¡Ah! prosiguió la florentina, ya veis que soy siempre la reina y que vos no sois sino la débil planta que el menor soplo del viento basta para doblegarla. ¿Y vos queréis reinar?... Buscad á vuestro alrededor los que reinan en Francia, los que serían los reyes si yo no estuviese ahí para rechazarlos con el puño cada vez que quieren poner el pie sobre la primera grada de vuestro trono. Ved á M. de Guisa, por ejemplo, ese vencedor de batallas, ese asaltador de ciudades, tiene cien codos de altura, y vuestra cabeza, hijo mío, con la corona y todo, no le llega ni al talón.

—¿No fué muerto Aquiles por el talón, madre mía? Pues yo morderé en el talón á M. de Guisa, y reinaré á pesar suyo y á pesar vuestro.

—Y cuando hayáis mordido en el talón á M. de Guisa, cuando vuestro Aquiles, no por la mordedura, sino por el veneno, deje de existir, ¿quién combatirá los hugonotes? No os engañéis, porque ni sois hermoso como Paris, ni bravo como Héctor. Sabéis que después de M. de Guisa, no tenéis más que un gran capitán en Francia, porque no contaréis por tal á vuestro idiota condestable de Montmorency, que se ha dejado vencer en todas las batallas que ha dirigido, ni á vuestro cortesano mariscal de Saint-André, que no ha vencido sino en las antecámaras. No tenéis más que un solo gran capitán, que es M. de Coligny, y ese gran capitán, con su hermano Dandelot, casi tan grande como él, se encontrará mañana á la cabeza del partido más formidable que ha podido amenazar á un Estado. Miradles y miraos; comparaos á ellos, y veréis que son dos robles de poderosas raíces, mientras que vos sois el débil rosál, juguete de todos los partidos.

—Pero en fin, ¿qué queréis? ¿qué exigís de mí? ¿No soy un instrumento entre vuestras manos? ¿Será necesario que me resigne también á ser un juguete de vuestra ambición?

Catalina comprimió una sonrisa de alegría, próxima á mostrarse en sus labios, haciéndola traición. Estaba á punto de recobrar aquel poder que por un momento estuvo á punto de escaparse de sus manos, y satisfecha con este principio de derrota, resolvió completar su victoria.

—Lo que quiero, lo que exijo de vos, hijo mío, dijo con su voz hipócrita, más terrible quizás en la caricia que en la amenaza, es que me dejéis establecer vuestro poder, asegurar vuestra dicha. ¿Qué me importa lo demás? ¿Como si el peso del gobierno fuera una cosa tan agradable y tan ligera para que la sobrellevase con verdadero placer! ¡Habláis de mi ambición! Sí, tengo una, la de luchar hasta vencer á vuestros enemigos ó hasta que ellos mismos se debiliten luchando entre sí. El día en que yo os vea el hombre que yo quiero, os entregaré con alegría la corona y el cetro. Creced, hijo mío, robusteceos; creced bajo la mirada de vuestra madre, como el árbol bajo la mirada del sol, y entonces, grande y fuerte, sed rey.

—¿Y qué hacer para eso, madre mía? dijo Francisco con un acento casi desesperado.

—Es necesario renunciar antes de todo á la mujer causa de cuanto ha pasado.

—¡Renunciar á la señorita de Saint-André! ¡renunciar á ella! repitió el joven lleno de ira. ¿Era aquí donde queríais venir á parar?

—Sí, hijo mío, repuso friamente Catalina, hay que renunciar á la señorita de Saint-André. Es el precio que yo pongo á nuestra reconciliación.

—¡Jamás, madre mía! respondió Francisco con resolución y energía; ¿no sabéis que la amo ciegamente?

—¿Qué mérito tendría entonces renunciar á ella si no la amaseis?

—Pero ¿por qué he de renunciar á ella?

—Por interés del Estado.

—¿Y qué tiene que ver la señorita de Saint-André con los intereses del Estado?

—¿Queréis que os lo diga? preguntó Catalina.

—Escuchad, madre mía, dijo el rey interrumpiéndola como si temiese la lógica maternal: yo reconozco el genio supremo que Dios ha puesto en vos y la indolencia y el abandono que me dominan; reconozco vuestra autoridad presente y futura y me entrego ciegamente á vos en todo

lo que se relaciona con los intereses del reino, que tan sabiamente gobernáis. Pero á ese precio, madre mía, al precio de ese abandono que yo hago de todos esos derechos que tan preciosos serian para otro, dejadme la libre gestión de mis asuntos íntimos.

—En cualquier otra ocasión lo haría. Hoy no.

—¿Y por qué hoy esa severidad respecto á la única mujer que he amado?

—Porque esa mujer, más que cualquier otra, puede producir una guerra civil en vuestros Estados, porque es la hija del mariscal de Saint-André, uno de vuestros más fieles servidores.

—Yo enviaré al mariscal de Saint-André á mandar una provincia y cerrará los ojos. Por otra parte, él está entregado hoy por completo al amor de su joven esposa, la cual se alegrará mucho de alejarse de su entenada, su rival en talento y hermosura.

—Puede que sucediera así respecto al mariscal, cuyos celos son proverbiales y que tiene encerrada á su mujer como un español de la época del Cid. Pero M. de Joinville, que ama apasionadamente á la señorita de Saint-André, con quien debía casarse, ¿cerrará los ojos también? Y si él los cierra por respetos al rey, ¿los cerrará del mismo modo su tío, el cardenal de Lorena, ó su padre, el duque de Guisa? Sois un pobre diplomático, y si vuestra madre no velase, antes de ocho días el primer ladrón de coronas os cogería la vuestra, como el primer *Tira-lana* quita la capa de los hombros de un burgués. Por última vez, hijo mío, es necesario renunciar á esa mujer. A ese precio nos reconciliaremos francamente y yo arreglaré el asunto con M. de Guisa. ¿Me comprendéis y me obedeceréis?

—Sí, madre mía, os comprendo, dijo Francisco II, pero no os obedeceré.

—¿Que no me obedeceréis? exclamó Catalina alzándose airada contra aquella tenacidad que, semejante al gigante Anteo, recobraba fuerzas cuando se la creía vencida.

—No, continuó el rey. No os obedeceré, porque no puedo obedeceros. Ya os lo he dicho: amo, estoy en las primeras horas de un primer amor y nada me obligará á renunciar á él. Sé que entro en una vía peligrosa, cuyo final puede serme desastroso; pero, vuelvo á repetiroslo, amo y no quiero que se me hable más de ese asunto.

—¿Estáis bien resuelto, hijo mío?

—Completamente, señora.

—¿Aceptáis las consecuencias de vuestra loca terquedad?

—Las acepto, sean las que quieran.

—Entonces, adiós, señor. Ya sé lo que me resta hacer.

—Adiós, señora.

Catalina dió algunos pasos hacia la puerta y se detuvo.

—Recordad que no tenéis más que á vos mismo.

—Lo recordaré.

—Pensad que yo no entro para nada en vuestra loca resolución de luchar contra vuestros verdaderos intereses, y que si llega la desgracia para los dos, la responsabilidad será vuestra únicamente.

—Acepto esta responsabilidad, madre mía.

—Entonces, adiós, Francisco, dijo la florentina con una risa y una mirada terribles.

—Adiós, madre mía, respondió el joven del mismo modo.

Y la madre y el hijo se separaron llenos de un odio profundo el uno contra el otro.

XVIII

DONDE M. DE CONDÉ ACONSEJA AL REY LA REBELIÓN

El príncipe de Condé, en cumplimiento de la promesa que había hecho á Roberto, con quien debía verse por la noche en la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, entraba en el Louvre precisamente en el momento que la reina salía de la estancia de su hijo.

Apenas se le anunció al rey, éste dijo con voz débil:

—Que pase.

El príncipe observó, al entrar, que el rey estaba casi tendido en el sillón enjugándose con el pañuelo la frente empapada de sudor.

Estaba lívido y la expresión de sus ojos era completamente abatida.

Hubiérase dicho que era la estatua del miedo.

—¡Hola! pensó Condé; el niño está sufriendo.

No debe olvidarse que el príncipe había asistido á la última parte de la entrevista de los dos amantes y escuchó las promesas cambiadas entre ellos.

Al ver al príncipe, se esclareció el semblante del monarca.

Hubiérase dicho que el rey acababa de hacer un gran descubrimiento. El pensamiento brillaba en su frente como una esperanza.

Se levantó y se dirigió hacia el recién llegado como si tratara de abrazarle.

Laf rza atraía la debilidad como el imán al hierro.

El príncipe, que no parecía apetecer mucho el abrazo, se inclinó desde el primer momento, y el rey se detuvo también y le tendió la mano.

No pudiendo dispensarse de besarla, el príncipe la acercó á sus labios, pensando al mismo tiempo:

—¿Qué diablos ha pasado para que yo obtenga tan buena acogida?

—¡Qué alegría tengo de veros, primo! dijo el rey afectuosamente.

—Y yo también, señor.

—No podíais haber llegado en mejor situación.

—Me felicito de ello.

—Me aburría horriblemente.

—En efecto, me ha parecido advertir en vuestra frente las huellas de un profundo disgusto.

—Profundo, sí; esa es la palabra. ¡Y qué triste es, querido primo, prosiguió Francisco II con amargura, no tener un amigo á quien confiar las penas.

—¿El rey tiene penas? preguntó Condé.

—Y muy grandes, primo, muy grandes.

—¿Quién es el atrevido que puede causar pesares á Vuestra majestad?

—Una persona que, por desgracia, tiene derecho para ello.

—No conozco á nadie que tenga derecho para entristecer al rey.

—¿Ni aun mi madre?

El príncipe pensó desde luego que había mediado alguna escena violenta entre la madre y el hijo.

—Ni aun la reina madre, señor, dijo.

—Esa será solamente vuestra opinión, primo.

—La mía y, según presumo, la de todos los fieles súbditos de Vuestra majestad.

—¿Sabéis que es grave lo que me decís, señor primo?

—¿Por qué es grave?

—Porque justificáis la rebelión de un hijo contra su madre.

Y pronunció estas palabras mirando á su alrededor con cierta desconfianza, porque sabía que las paredes del Louvre dejaban pasar los sonidos como el filtro deja pasar el agua.

—Conque, según vuestra opinión, prosiguió, la reina madre no tiene derecho para entristecerme. Y ¿qué haríais si

estuvieseis en mi lugar y la reina madre pretendiera contrariaros?

—Estando en vuestro lugar, me rebelaría.

—¿Os rebelaríais? preguntó Francisco un tanto alegre.

—Sí por cierto.

—Pero ¿de qué modo rebelarme, querido Luis? dijo el rey aproximándose á su primo.

—Como se rebela uno. No obedeciendo ó haciendo cuanto fuera posible para sustraerme á una autoridad injusta ó una tiranía implacable.

—Pero primo, dijo Francisco, meditando sobre las palabras del príncipe; un siervo comprendo que pueda rebelarse contra su señor, pero un hijo no puede, según creo yo, en el sentido absoluto de la palabra, rebelarse contra su madre.

—¿Qué hacen en este momento los hugonotes, que por millares brotan en todas partes, lo mismo en nuestras más lejanas provincias que en Alemania y en los Países Bajos, sino una gran revolución contra el Papa, y éste es rey también?

—Sí, príncipe, sí; tenéis razón, repuso el monarca, que de pensativo se había vuelto sombrío. Os agradezco que me habléis así. Venís muy raramente á verme, y eso que sois mi pariente, el que más he querido, el hombre en quien más confianza tuve desde mi infancia. Nadie me hubiese hablado como vos, y os lo agradezco; y en prueba de mi reconocimiento voy á haceros una confidencia que no hice á nadie y que la reina madre acaba de arrancarme hace una hora.

—Hablad, señor.

—Puede, dijo Francisco II pasando su brazo por el cuello del príncipe, que tenga necesidad, no sólo de vuestro consejo, sino de vuestro apoyo.

—Estoy á las órdenes de Vuestra majestad.

—Pues bien, primo, estoy ciegamente enamorado.

—¿De la reina María? Lo sé, señor, dijo Condé, y esto causa verdadero escándalo en la corte.

—No es de la reina María, sino de una de sus damas de honor.

—¿De veras? dijo el príncipe fingiendo asombro. Será inútil decir que seréis correspondido.

—Soy amado con verdadera pasión.

—¿Y se han dado á Vuestra majestad pruebas de ese amor?

—Sí.

—Me sorprendería que hubiese sido lo contrario.

—¿Y no me preguntas el nombre de la dama?

—No me atrevía á interrogar al rey, pero aguardo que termine la confidencia.

—Es la hija del mariscal de Saint-André, querido Luis.

—Recibid mi más sincero parabién. La señorita de Saint-André es una de las damas más hermosas del reino.

—¿De veras? ¿Te merece ese concepto?

—Hace tiempo que le había formado, señor.

—Esa es una simpatía más que nos une, primo. ¿De modo que tú encuentras que hice bien en amarla?

—¡Ya lo creo! Cuando se encuentra una mujer hermosa, rey ó plebeyo debe amarla siempre, y sobre todo hacerse amar de ella. Esta será la opinión de todo el mundo, excepto de M. de Joinville. Afortunadamente, creo que el rey no le pedirá consejo, y como es probable que ignore el honor que el rey hace á su prometida...

—Estás en un error, Luis, dijo el rey. Lo sabe.

—Vuestra majestad querrá decir que supone algo.

—Te digo que lo sabe todo.

—¡Eso es increíble, señor!

—Pues sin embargo, hay que creerlo. Por supuesto, siguió el rey frunciendo el entrecejo, que no daría á esto tanta importancia si no hubiera tenido consecuencias de una gravedad extraordinaria que han producido entre mi madre y yo una escena violenta, de la cual ya te he dicho algo.

—No comprendo que pueda haber ocurrido nada grave, y espero que Vuestra majestad me complete esa confidencia.

El rey refirió á Condé la escena que había tenido lugar con su madre, y cuando hubo terminado, dijo el príncipe:

—Perfectamente, señor; me parece que habéis obrado bien y que por esta vez os habéis puesto en vuestro lugar.

—Sí, primo mío, me he sostenido bien, por lo menos mientras ella estuvo delante, en términos que la he dejado marchar con la creencia de que mi rebelión era completa. Pero apenas ha cerrado la puerta y he quedado solo... Ya veis si soy franco con vos, se han distendido todos los músculos de mi cuerpo, se han debilitado todas las fibras de mi voluntad, y si no hubieseis venido tan oportunamente, creo

que voy, como otras veces, á buscarla, á arrojarme á sus pies y á pedirla perdón.

—¡Oh! guardaos de hacerlo, exclamó el príncipe; estáis perdido.

—Lo sé, dijo el rey apretando el brazo del príncipe como un naufrago la tabla de que espera su salvación.

—Pero para que os haya causado ese terror es necesario que la reina os haya amenazado con alguna gran desgracia.

—Me ha amenazado con la guerra civil.

—¡Ah! ¿y en dónde ve Su majestad la guerra civil?

—Donde la habéis visto vos mismo hace un momento.

El partido hugonote es poderosísimo, pero M. de Guisa lo es también; y mi madre, que no ve más que por los ojos de los Guisas, que gobierna el reino por su influencia, que me ha casado con una mujer que es parienta de los Guisas, mi madre me ha amenazado con su cólera, y lo que es peor todavía, con su abandono.

—¿Y el resultado de todo eso?

—Que los herejes serán dueños del reino.

—Y vos ¿qué habéis respondido, señor?

—¿Qué querías que respondiera?

—Muchas cosas, señor. Una, entre otras.

—¿Cuál?

—Que había un medio para impedir que los herejes se hagan dueños del reino.

—¿Y ese medio?

—Poneros vos á la cabeza de los herejes.

El joven rey permaneció un instante pensativo con el entrecejo frunciendo.

—Sí, dijo, la idea es superior, primo mío, uno de esos juegos de báscula en los cuales sobresale mi madre Catalina. Pero el partido protestante me aborrece.

—¿Y por qué os aborrece? Porque sabe que hasta ahora habéis sido un instrumento en manos de vuestra madre. El partido hugonote, creedlo, señor, no os quiere mal, pero odia á la reina madre.

—Yo también la odio, murmuró el rey.

El príncipe sorprendió estas palabras, á pesar de pronunciarlas tan bajo.

—¿Que decís, señor? le preguntó. Si el proyecto os parece bueno, ¿por qué no adoptarlo?

—No tendrán confianza en mí, Luis. Será preciso darles alguna garantía, y ¿qué garantía puedo dar?

—Tenéis razón. Pero precisamente la ocasión es buena. Podéis darles una excelente prenda, una prenda real: la vida de un hombre.

—No te entiendo.

—Podéis darle el perdón del consejero Dubourg.

—Primo, dijo el rey palideciendo; aquí mismo, hace poco, mi madre me decía hablando de él: «Es necesario que muera».

—Pero vos, señor, vos podéis contestarle: «Es necesario que viva».

—¡Pero perdonar á Anne Dubourg! exclamó el rey mirando á su alrededor, como asustado solamente á la idea de aquella gracia.

—Conceded ese perdón, señor, dijo el príncipe. ¿Qué veis de malo en ello? ¿No estáis en vuestro derecho? ¿No sois el rey?

—No lo he sido hasta ahora.

—Pues sedlo y entrad en el poder real por una puerta noble y grande, la puerta del perdón.

—Pero el consejero Dubourg...

—Es uno de los hombres más honrados del mundo, y un hombre honrado no es peligroso jamás.

—M. de Guisa le aborrece, mi madre también...

—Razón de más para empezar vuestra rebelión por un acto de clemencia en favor de Anne Dubourg.

—Pero su muerte está acordada, es cosa convenida entre los Guisas, mi madre y yo.

El príncipe de Condé no pudo menos de dirigir una mirada desdeñosa á aquel rey que miraba como un asunto concluido la muerte de un hombre honrado, de un magistrado digno, cuando éste estaba vivo todavía y una palabra suya podía salvarle.

—Puesto que es un *negocio convenido*, señor, dijo con acento de desprecio, no hablemos más de él.

Y se dispuso para marcharse. Pero el rey le detuvo.

—Tienes razón, le dijo; no hablemos más del consejero. Hablemos de otra cosa.

—¿De qué, señor? repuso Condé, que no había ido allí sino para esto.

—¿Es acaso, primo mío, que no hay nada más que el

medio del consejero para salir de un situación tan embarazosa? Vos que tenéis tanta inventiva, buscad otro.

—Señor, es Dios quien os ha facilitado el primero; los hombres no encontrarían otro igual.

—Y positivamente, primo, no puedo menos de estremecerme á la idea de que yo haga morir á un inocente.

—Entonces, señor, replicó el príncipe con acento solemne, escuchad la voz de vuestra conciencia. La bondad siempre es fecunda, y en el corazón del que es objeto de ella hacen brotar siempre el amor hacia su rey. Perdonad la vida á M. Dubourg, y á partir de ese momento, es decir, desde que hayáis hecho uso de vuestro derecho real, todo el mundo sabrá que gobernáis soberana y noblemente.

—¿Tú lo quieres, Luis?

—Señor, os lo pido como gracia, y os juro que es en interés de Vuestra majestad.

—Pero ¿qué va á decir la reina?

—¿Qué reina?

—La reina madre.

—Señor, no debe haber otra reina en el Louvre que la virtuosa esposa de Vuestra majestad. Catalina lo es, porque se la deja que lo sea. Hacedos amar, y seréis rey.

El rey trató de hacer un esfuerzo y tomar una resolución.

—Pues bien, dijo, repetiré la frase que tan bien habéis comentado. Está convenido, Luis; gracias por vuestros buenos consejos; gracias por haberme inspirado un acto de justicia, quitándome los remordimientos. Dadme pluma y papel.

El príncipe de Condé aproximó el sillón á la mesa y entregó al rey los objetos pedidos.

Francisco II empezó á escribir las frases sacramentales de...

«Francisco, por la gracia de Dios, rey de Francia, á todos los presentes y ausentes, salud...»

En esto estaba, cuando el oficial que, como sabemos, había enviado al palacio de Coligny, entró anunciando la llegada de la dama.

El rey se levantó vivamente sin continuar el decreto, y su rostro tomó una especie de indescribible ferocidad.

—¿Qué tenéis, señor? preguntó Condé, sorprendido por aquel cambio.

—Vais á saberlo, primo, repuso, y volviéndose hacia el oficial, continuó: Haced entrar á esa dama.

—La esposa del almirante, dijo el príncipe, tendrá que tratar con Vuestra majestad de algún asunto personal, y voy á retirarme, si Vuestra majestad me lo permite.

—No. Por el contrario, quiero que os quedéis, primo; que asistáis á nuestra conversación, que no perdáis una palabra. Ya sabéis, prosiguió señalando el papel que había empezado á escribir, cómo perdono; ahora quiero que sepáis, cómo castigo.

El príncipe sintió algo como un estremecimiento. Comprendió que la presencia de aquella señora en palacio, donde sólo iba á la fuerza, se relacionaba con lo que á él mismo le condujera, y tuvo como el vago presentimiento de que iba á suceder alguna cosa terrible.

XIX

EL REY CAMBIA DE OPINIÓN RESPECTO AL PRÍNCIPE
Y AL CONSEJERO

La esposa del almirante, al entrar en la regia estancia, vió al príncipe, á quien dirigió una mirada afectuosa, cuando sus ojos tropezaron con el semblante del rey.

La expresión de cólera que advirtió en éste la impresionó, obligándola á bajar la vista, y, temblorosa, se aproximó inclinándose ante el monarca.

—Os he llamado, señora, la dijo éste, tembloroso el labio y apretados los dientes, para pedirós la explicación de un enigma, explicación que busco inútilmente desde esta mañana.

—Estoy á las órdenes del rey, balbuceó la dama.

—¿Hasta para explicar enigmas? Tanto mejor. Me agrada escucharos así, y vamos á poner manos á la obra. ¿Queréis explicarnos cómo ha sido que un billete escrito por nuestra orden á una persona de esta corte, fuerais vos quien lo perdiera anoche en las habitaciones de la reina madre?

El príncipe de Condé comprendió entonces lo que había querido decir aquel estremecimiento que sintió al anunciar á la esposa de Coligny.

Toda la verdad apareció á sus ojos como si brotara de la tierra, y en sus oídos estaban zumbando aquellas palabras terribles: «Voy á demostraros cómo castigo».

Miró á la dama, y ésta tenía fijos los ojos en él con ex-

presión interrogadora, como si le preguntara: «¿Qué contesto al rey?»

El monarca no comprendió la pantomima de los dos cómplices, y dijo:

—Ahora ya está expuesto el enigma: dadnos la explicación.

La esposa de Coligny permaneció silenciosa y el rey prosiguió:

—Quizás no hayáis comprendido bien mi pregunta y voy á repetíroslo. ¿Cómo es que un billete que no os iba dirigido se encontraba en vuestras manos, y por qué desgracia ó por qué perfidia ese billete cayó de vuestro bolsillo sobre la alfombra de la reina madre, y cómo pudo pasar desde la alfombra á las manos de M. de Joinville?

—Bien sencillamente, señor, dijo la dama, que había tenido tiempo de reponerse. Encontré ese billete en el corredor del Louvre que conduce á la cámara de las Metamorfosis, le cogí, me enteré de él, y como no conocía la letra me dirigí á las habitaciones de la reina madre con objeto de mostrárselo. Había gran reunión de poetas y escritores en la cámara de Su majestad; M. de Brantome refirió una de sus graciosísimas historias, que hizo reír grandemente á la concurrencia; los pañuelos salieron de todos los bolsillos para secar las lágrimas de la risa, y sin duda al sacar yo el mío debió caerse ese desdichado billete, del cual me había olvidado. Cuando le quise buscar, ya no estaba ni en mi bolsillo ni en mi alrededor, y tal vez sería M. de Joinville quien lo había recogido.

—Verosímil es la explicación, pero no la creo.

—¿Qué quiere decir Vuestra majestad?

—Si habéis encontrado ese billete, dijo el rey, nada más fácil que decirme en qué estaba envuelto.

—En nada, balbuceó la esposa del almirante; estaba solo.

—¿De modo que no estaba envuelto en nada?

—En nada.

Un relámpago iluminó el espíritu del príncipe. La señora de Saint-André habría explicado al rey la pérdida del billete por la del pañuelo. Y esto, que resultaba tan claro para Condé, permanecía muy oscuro para la señora de Coligny.

—Señora, dijo Francisco, es muy extraño que una per-

sona tan devota como vos haya podido forjar un embuste de los más atrevidos.

—Señor...

—¿Son esos los frutos de la religión nueva? preguntó el rey. Aquí tenéis á nuestro primo de Condé, que aun cuando príncipe católico, nos explicaba hace poco la reforma en términos verdaderamente conmovedores. Responded vos mismo á esta señora, querido primo, y decidle de nuestra parte que, sea la que quiera la religión que se tenga, es siempre muy mal hecho engañar al rey.

—¡Perdón, señor! dijo la dama con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué me pedís perdón? dijo Francisco. Hace poco hubiera yo puesto las manos en el fuego á que vos erais la persona más rígida y más severa de mi reino.

—Señor, exclamó la dama alzando fieramente la cabeza; acepto vuestra cólera, pero no vuestras burlas. Es verdad, no he encontrado ese billete.

—¡Ah! ¿lo confesáis al fin? ¿De modo que alguien os lo entregó?

—Sí, señor.

El príncipe seguía la conversación con la intención visible de intervenir cuando lo creyera más conveniente.

—¿Quién os lo ha entregado, señora? preguntó el rey.

—No puedo nombrar esa persona, señor, respondió firmemente la esposa del almirante.

—¿Y por qué, prima? dijo el príncipe de Condé.

—Sí, ¿por qué? añadió el rey, encantado por el refuerzo que recibía.

La dama miró al príncipe, como pidiéndole una explicación de las palabras que acababa de pronunciar.

—Sin duda, continuó el príncipe, respondiendo á la muda interrogación de su prima. Yo no tengo razón alguna para ocultar la verdad al rey.

—¡Ah! exclamó éste, volviéndose hacia el príncipe de Condé. ¿Conocéis la explicación de esta historia?

—¡Ya lo creo, señor! ¡Como que he jugado el papel principal!

—¡Vos! ¿Y cómo es que no me habéis dicho nada hasta ahora?

—Porque no me habéis hecho la honra de interrogarme, repuso el príncipe sin desconcertarse, y yo no me hubiera

permitido referir una anécdota, cualquiera que fuese, sin estar autorizado por el rey.

—Acepto vuestra deferencia, primo Luis, dijo Francisco; pero el respeto tiene sus límites y se pueden abordar ciertas cuestiones cuando se cree ser útil, ó por lo menos agradable á su soberano. Hacedme la gracia, caballero, de decirme cuanto sabéis respecto á este asunto y qué clase de papel habéis jugado en esa historia.

—El papel de la casualidad. He sido yo quien ha encontrado el billete.

—¿Conque vos, eh? dijo el rey frunciendo el entrecejo y mirando severamente al príncipe. ¿Y dónde le encontrasteis?

—En el corredor que conduce á la sala de las Metamorfosis, como hace poco tuvo la honra de decirlo mi noble parienta.

—Entonces, primo, repuso el rey, puesto que le habéis encontrado, ¿podréis decirme dónde estaba encerrado?

—No estaba encerrado, señor, sino delicadamente envuelto.

—Envuelto ó encerrado, caballero, dijo el rey, creo que es lo mismo.

—Dispensad, pero entre las dos palabras hay una diferencia extraordinaria: Se encierra á un prisionero, pero una carta se envuelve.

—No sabía yo que erais tan gran lingüista, primo. Pero en fin, terminemos. ¿Dónde estaba el billete envuelto ó encerrado?

—En un finísimo pañuelo de batista.

—¿Dónde está?

—Aquí le tenéis, señor, dijo el príncipe, sacando el pañuelo de su bolsillo.

El rey lo cogió violentamente y dijo:

—Pero ¿cómo es que el billete encontrado por vos estaba en manos de esta señora?

—Muy sencillo. Al bajar la escalera del Louvre encontré á mi prima, y entregándola el billete, la dije que sin duda lo habría perdido algún caballero de palacio, que se informara á quién pertenecía por medio de Dandelot, que estaba de guardia, y que devolviera el billete á su propietario.

—Eso es muy natural, en efecto, dijo el rey, que no creía una palabra de toda aquella historia.

—Entonces, señor, dijo el príncipe de Condé tratando de retirarse, puesto que tuve el honor de satisfacer á Vuestra majestad...

El rey le detuvo.

—Una palabra todavía, le dijo.

—Estoy á vuestra disposición.

—Señora, dijo el rey dirigiéndose á la esposa de Coligny, me complazco en reconoceros como una dama digna y leal, porque en la situación en que os encontrabais, en presencia del príncipe de Condé, habéis dicho cuanto podíais decirme. Perdonadme por haberos molestado. Sois libre. El resto de la explicación se refiere únicamente á M. de Condé.

La esposa del almirante saludó y salió de la cámara.

Una vez fuera, el rey se aproximó al príncipe, apretados los dientes y amoratado el labio.

—Caballero, le dijo, no teníais necesidad de haber recurrido á vuestra prima para saber á quién iba dirigido el billete.

—No comprendo, señor.

—Y no teníais esa necesidad, porque en una de las puntas del pañuelo están las iniciales y en otra las armas de la señorita de Saint-André.

El príncipe de Condé inclinó la cabeza.

—Ya sabíais á quién pertenecía el billete, y, sabiéndolo, le expusisteis á caer entre las manos de la reina madre.

—Vuestra majestad me rendirá al menos la justicia de reconocer que yo ignoraba estuviera escrito por su orden, y que este billete, conocido, pudiera comprometerle.

—Caballero, vos que tanto conocéis el valor de las palabras de la lengua francesa, sabréis que nada compromete á Su majestad. Yo hago lo que quiero y nadie tiene que ver nada con lo que yo hago, y la prueba es...

Y se dirigió á la mesa, cogiendo el papel donde iba á escribir el perdón de Dubourg, haciendo un ademán de rasgarlo.

—¡Oh, señor! exclamó el príncipe ¡caiga sobre mí vuestra cólera, pero no sobre un inocente!

—Desde el momento que un enemigo mío le protege, ya no es inocente para mí.

—¡Yo vuestro enemigo! ¿el rey me considera como enemigo suyo?

—¿Porque no, si desde este momento yo lo soy vuestro?
Y rompió el papel.

—¡Señor! ¡señor! ¡En nombre del cielo!... dijo el príncipe.

—Esta es mi respuesta á las amenazas que antes me hicisteis en nombre del partido hugonote. Yo le desafío, y á vos con él si tomáis su mando. Esta noche el consejero Anne Dubourg será agarrotado.

—¡Señor! ¡que es la sangre de un inocente, de un justo, la que va á correr!

—Pues bien, que corra y que caiga gota á gota sobre la cabeza del culpable.

—Y ¿quién es, señor?

—Vos, príncipe de Condé.

Y señalando con ademán imperioso la puerta al príncipe, continuó:

—Salid, caballero.

—Pero...

—Salid os digo, gritó el rey dando en el suelo con el pie, ó dentro de diez minutos no habrá seguridad para vos en el Louvre.

El príncipe se inclinó y salió.

El rey, anonadado, cayó sobre su sillón, apoyados los codos sobre la mesa y la cabeza entre sus manos.



XX

DECLARACIÓN DE GUERRA

Puede comprenderse muy bien que, si el rey estaba furioso, no lo estaba menos el príncipe, y éste con mayor motivo, cuando no podía echar á nadie la culpa de lo que había pasado, sino á sí mismo, puesto que era él quien había estado en la habitación de la señorita de Saint-André; él quien había encontrado el billete en el pañuelo; él, finalmente, quien lo había entregado al almirante Coligny.

Y como todas las personas que se encuentran comprometidas en un mal negocio, resolvió llegar hasta el fin y quemar la última nave, en la cual tal vez hubiera podido verificar su retirada.

Después de lo que le había hecho sufrir la señorita de Saint-André, hubiera considerado como una debilidad y la confesión de su impotencia retirarse de allí sin arrojar la última flecha del Parto, que suele, con frecuencia, herir el corazón del que la arroja; es decir, la venganza.

La que pensaba tomar del rey ya la había resuelto; pero la que se proponía tomar de la señorita de Saint-André, la estaba meditando.

Hubo un momento en que se preguntó si no sería una bajeza en él vengarse de una mujer; pero formulada esta interrogación, se respondía á sí propio que, aun cuando una mujer, no era por eso enemigo despreciable quien, como ella, tenía corazón hipócrita y vengativo y que desde aquel mismo día era ya la querida declarada del rey.

Menos peligro corría insultando al más bravo y al más diestro caballero de la corte, que declarando la guerra á Carlota, pues sabía perfectamente que había de ser una guerra á muerte, sin paz ni tregua, y que esta guerra, fecunda en peligros y emboscadas, duraría tanto como durase el amor del monarca.

Y con la belleza espléndida de su enemigo, con su múltiple carácter, con su temperamento lleno de lascivas embriagueces, comprendía que este amor, como el de Enrique II por la duquesa de Valentinois, podría durar todo el tiempo que durase su vida.

No corría el peligro del hombre valiente que frente á frente va á luchar con el león, sino que iba á afrontar el del viajero imprudente que, armado con una simple varilla, se atreve á desafiar la encantadora serpiente *cobra*, cuya picadura más insignificante es mortal.

El peligro era tan grande en realidad, que el príncipe hubo de preguntarse un momento si era indispensable añadir esta nueva tempestad á los rayos y tempestades que ya estaban cerniéndose sobre su cabeza.

Pero del mismo modo que había vacilado cuando, antes de reflexionar, había temido caer en una bajeza, del mismo modo se sentía ahora invenciblemente impulsado hacia adelante al comprender que su acción, indigna en apariencia, era en realidad temeraria hasta la locura.

Si hubiera tenido necesidad de bajar escaleras, de cruzar calles, de subir á nueva casa, es decir, que hubiese tenido tiempo de reflexionar más seriamente en el espacio que pudiera mediar entre la salida de la habitación del rey y su entrada en la de la señorita de Saint-André, quizás la razón hubiese llegado en su ayuda, y, como la Minerva antigua tirando por la mano á Ulises, la fría diosa le hubiera sacado fuera del Louvre.

Pero por desgracia, el príncipe no tenía más que seguir la galería en que se encontraba para tropezar á su izquierda con la puerta de entrada á la habitación de la señorita de Saint-André.

Cada paso que daba, comprendía que le aproximaba á ella, y á cada paso los latidos de su corazón eran más rápidos y violentos.

Por fin llegó delante de la puerta.

Podía volver la cabeza, seguir adelante, continuar su ca-

mino; este era el consejo que le daba en voz baja su ángel bueno; pero él no escuchaba más que al malo.

Se detuvo como si sus pies echaran raíces en el suelo, y Dafné, convertida en laurel, no habría quedado más inmutablemente fija en la tierra.

Después de un instante, no de duda, sino de reflexión, como César lanzando su jabalina al otro lado del Rubicón, dijo:

—¡Adelante! *Alea jacta est!*

Llamó á la puerta y ésta se abrió inmediatamente.

Todavía pudiera haberse evitado todo si la señorita de Saint-André no hubiese estado en sus habitaciones ó no hubiera querido recibirle. Pero el destino estaba escrito: la hermosa Carlota estaba en su casa, y estas dos palabras: «puede pasar», llegaron á sus oídos.

En el intervalo que medió desde la antecámara donde esperaba la respuesta, al gabinete donde esta respuesta fué pronunciada en voz bastante alta para que la escuchasen, Luis de Condé sintió pasar ante su vista, como un desvanecimiento, y por su corazón, todo el vasto panorama de aquellos seis meses que acababan de transcurrir desde que por efecto de una horrible tempestad, encontró á la joven en una mala posada de las cercanías de Saint-Denis, hasta el momento en que la vió entrar en la sala de las Metamorfosis con una rama de mirto entre los cabellos, sin que su indiscreta mirada la perdiese de vista un segundo hasta el momento en que de todas las galas con que entró en la sala no había conservado más que aquella rama de mirto.

Y á medida que este panorama se desarrollaba ante sus ojos, veía, aun cuando rápidamente, repetirse, durante una noche, en Saint-Cloud, la escena entre la joven y el paje; después la encontraba á la orilla del gran estanque entre la semi obscuridad que proyectaba sobre ella la oscilante sombra de los plátanos y de los sauces; después se veía á sí mismo, inmóvil bajo las ventanas, esperando que una persiana se entreabriera y que una flor ó un billete cayeran á sus pies; y finalmente, se encontraba bajo aquel lecho durante una primera noche donde él había esperado vanamente la persona que no había ido, y donde, durante una segunda, vió llegar, no sólo los que esperaba, sino los que no podía esperar. Y todas estas sensaciones diversas, desvanecimiento

de la posada, celos de testigo oculto, contemplación de la joven mirándose en el estanque, impaciencia de la espera bajo las ventanas, angustias del amante en la cámara de las Metamorfosis, todas estas sensaciones, subiendo á su cerebro, hacían latir sus sienes, rompían su corazón, atañaban sus entrañas, y todas ellas, apoderándose de él, le asaltaron á la vez en el espacio de algunos segundos.

Así fué que, tembloroso y pálido á la vez, de celos, de cólera, de amor, de vergüenza y de odio, se encontró en presencia de la señorita de Saint-André.

Esta estaba sola.

Desde que apercibió al príncipe ocultando todos los sentimientos opuestos que luchaban en él bajo un aspecto casi impertinente, desde que vió la sarcástica sonrisa, prendida en sus labios como el pájaro burlón de América sobre una rama, la joven frunció el entrecejo, aun cuando imperceptiblemente, porque respecto á disimulo era una digna antagonista del príncipe.

Este la saludó con un aire desdeñoso, y la señorita de Saint-André comprendió en la expresión de este saludo que tenía un enemigo delante.

Pero no demostró conocerlo, y al desdeñoso saludo y á la irónica sonrisa del príncipe, contestó con una larga y graciosa reverencia.

Después, con su mirada más acariciadora y con su voz más dulce, le dijo:

—¿A qué santa, príncipe, debo darle gracias por esta visita tan matinal como inesperada?

—A santa Aspasia, señorita, respondió el príncipe inclinándose con afectado respeto.

—Mucho dudo, respondió la joven, que esa santa se encuentre, por mucho que la busque, en el calendario del año de gracia de 1559.

—Entonces, señorita, si queréis absolutamente agradecer á una santa el favor de mi presencia, esperad á que la señorita de Valentinois haya muerto y sea canonizada, lo que no dudo pueda llegar si vos se lo recomendáis al rey.

—Como dudo que mi crédito sea suficiente para eso, me limitaré á daros las gracias y á pedir os humildemente me digáis á qué debo el placer de veros.

—¿Cómo! ¿no lo adivináis?

—No.

—Vengo á daros la enhorabuena por el nuevo favor con que Su majestad os ha honrado.

Las mejillas de la joven enrojecieron, y después, por una reacción súbita, se cubrieron de una palidez mortal.

Y sin embargo, estaba bien lejos de suponer la verdad; suponía únicamente que la aventura de la noche anterior había circulado y que de este modo llegó á oídos del príncipe.

Así fué que se contentó con mirar al príncipe con una expresión que participaba de la interrogación y de la amenaza.

—¿Qué tenéis, señorita? dijo el príncipe sonriendo; ¿qué habéis encontrado de extraño en el cumplimiento que os he dirigido, para que vuestras mejillas tomaran el color de vuestros labios, quedando después tan blancas como el pañuelo que me disteis la otra noche?

El príncipe acentuó estas últimas palabras de un modo tan significativo, que no pudo engañarse respecto á la expresión que tomó el rostro de su interlocutora.

Esta expresión era la de la amenaza.

—Tened cuidado, monseñor, dijo con una voz tanto más terrible cuanto que afectaba una calma perfecta. Creo que habéis venido aquí con intención de insultarme.

—¿Me creéis capaz de semejante audacia, señorita?

—O de una bajeza semejante, monseñor. ¿Cuál de las dos palabras es más conveniente en estas circunstancias?

—Eso es lo que yo me he preguntado ante la puerta de vuestra estancia. Me he contestado que audacia, y he llegado hasta aquí.

—¿Entonces confesáis, príncipe, que fué aquella vuestra intención?

—Quizás. Pero reflexionándolo bien, he preferido presentarme á vos bajo otro título.

—¿Cuál?

—Como antiguo adorador de vuestros encantos, cambiado en cortesano de vuestra fortuna.

—¿Y sin duda, en este concepto, venís á demandarme alguna gracia?

—Una gracia inmensa, señorita.

—¿Cuál es?

—La de que me perdonéis haber sido la causa de la desdichada visita que tuvisteis esta noche.

La señorita de Saint-André miró al príncipe con aire de duda, porque no podía creer que un hombre marchase tan imprudente y tan directamente al escándalo. De pálida que estaba se tornó lívida.

—Príncipe, dijo, ¿habéis hecho realmente lo que decís?

—Sí, señorita.

—Pues si es verdad, permitidme que os diga sencillamente que habéis perdido la razón.

—Yo creo, por el contrario, que la tuve perdida hasta ese momento, y que entonces únicamente la recobré.

—¿Y creéis que semejante insulto permanecerá impune? Por más príncipe que seais, ¿dudaréis que yo se lo diga al rey?

—Es inútil.

—¿Cómo inútil?

—Porque acabo de decírselo yo mismo.

—¿Y le dijisteis también que al salir de su cámara ibais á entrar aquí?

—No, por cierto, porque no pensaba en ello; la idea me ha ocurrido conforme adelantaba por la galería; encontré vuestra puerta en mi camino, y ya conocéis el proverbio de que «la ocasión hace al ladrón». Me he dicho que sería una verdadera curiosidad si por suerte era yo el primero en felicitaros. ¿Lo soy acaso?

—Sí, caballero, y esa felicitación la recibo, dijo fieramente la señorita de Saint-André.

—Puesto que tan bien la recibís, permitidme que os haga otra.

—¿Sobre qué?

—Sobre el gusto de vuestro tocado en una circunstancia tan solemne.

La señorita de Saint-André se mordió los labios. El príncipe la llevaba á un terreno en que la era difícil defenderse con ventaja.

—Como sois persona de gran imaginación, dijo, me parece que, merced á ella, habréis hecho los honores de un tocado muy superior al que yo llevaba.

—No por cierto. Os lo juro. Era muy sencillo. Había, sobre todo, una rama de mirto entrelazada con esos hermosos cabellos...

—¡Una rama de mirto! exclamó la joven. ¿Cómo sabéis que llevaba ese adorno entre mis cabellos.

—Porque lo vi.

—¿Lo visteis?

La señorita de Saint-André comenzaba á no comprender, y sentía que le faltaba su sangre fría y su aplomo.

—Vamos, príncipe, dijo, continuad vuestras fábulas; me agradan.

—En ese caso, debéis recordar la de Narciso... Narciso enamorado de sí mismo, mirándose en el cristal de una fuente.

—No comprendo.....

—Antes de ayer vi una cosa parecida. Una joven hermosa y enamorada de sí misma mirándose en un espejo con no menos complacencia que Narciso se miraba en la fuente.

La señorita de Saint-André lanzó un grito. Era imposible que el príncipe hubiese inventado aquello ó que se lo hubiesen contado. Ella estaba sola, ó mejor dicho, se creía sola en la cámara de las Metamorfosis cuando tuvo lugar la escena á que aludía el príncipe.

El rubor cubrió sus mejillas.

—¡Mentís! dijo.

Pero trató de disimular en seguida, y soltando la carcajada, prosiguió:

—¡Oh! ¡es un bonito cuento el que referís!

—¡Ya lo creo! Pero en comparación de la realidad, ¿qué es? Desgraciadamente la realidad fué pasajera como un sueño. La bella ninfa esperaba su dios; pero este dios no pudo ir, porque la diosa, su mujer, habíase caído de caballo como una simple mortal y estaba herida.

—¿Tenéis que contarme algo más de ese mismo género, monseñor, dijo la señorita de Saint-André, que á duras penas contenía su cólera.

—No, me queda ya muy poco. Deciros solamente que la cita quedó aplazada para el siguiente día. Este ha sido el objeto de mi visita, y cumplido éste, esperando el porvenir, permitidme terminar como si se tratara del rey: ruego á Dios que os tenga en su santa y digna guarda.

Y el príncipe de Condé salió del aposento con la impertinencia que dos siglos más tarde hizo la reputación de los Lauzún y de los Richelieu.

Una vez en la escalera se detuvo, y mirando hacia atrás, murmuró:

—¡Magnífico! Heme aquí desavenido con la reina madre, con el rey y con la señorita de Saint-André, y todo ello á la vez y por una sola causa. ¡Buena mañana para un segundón de Navarra! Pero ¡bah! añadió filosóficamente; también es verdad que los segundones pasan por donde los primogénitos no pasarían nunca.

Y descendió contento la escalera, cruzó caballerescamente el patio, y saludó al centinela, que le presentó las armas.



XXI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

EL HIJO DEL CONDENADO

Dijimos que el príncipe dió cita á Roberto Stuart, de siete á ocho de la noche, en la plaza y delante de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Para dirigirse á este sitio podía haber tomado por el puente de Nuestra Señora y el de los Molinos, pero, como si le atrajera un imán hacia el Louvre, cruzó el río y llegó delante de la torre de Madera.

Se iba hacia el peligro como la inocente mariposa se va hacia la luz.

Conocía perfectamente aquel camino, que por espacio de algunos meses estuvo haciendo todas las noches.

Siguió la misma vía y llegó al pie de las ventanas de la señorita de Saint-André, deteniéndose allí como todas las noches.

Tras de las tres ventanas que correspondían á las habitaciones de la joven, estaban las cuatro que daban á las de su padre, y después de éstas había otra que constantemente estaba cerrada y en la cual nunca había reparado.

Esta vez tampoco se fijó en ella, cuando de pronto le pareció oír que las vidrieras giraban sobre sus goznes. Miró y le pareció ver que una mano pasaba por la entreabierta ventana, y que de esta mano se escapaba, flotando en el aire como una mariposa, un papel, que se apresuró á coger.

Desapareció la mano, cerróse la ventana y el príncipe se